
FRANCESC SERRA I MASSANSALVADOR
(Universidad Autónoma de Barcelona)

*Rusia y la Política Exterior
y de Seguridad europea*

*I. Precedentes. II. El marco legal. III. Unas relaciones de mutua dependencia.
IV. El factor de la seguridad. V. La cuestión de los derechos humanos.
VI. Conclusiones*

I. PRECEDENTES

En 1991, al mismo tiempo que la Unión Soviética vivía una vorágine política que acabará con el mismo Estado, en Maastricht la Conferencia Intergubernamental de la Unión Europea debatía lo que más adelante constituirá el Tratado de la Unión Europea. De este modo hallamos un curioso paralelismo y, sobre todo, una clara sincronía entre el surgimiento del Estado ruso en su formato actual, emergido de las cenizas de la URSS, y el nacimiento de la Unión Europea como actor cohesionado con evidente vocación no sólo de profundizar la unidad política del espacio europeo, sino de poder ejercer una presencia cada vez mayor en el escenario internacional. Dos procesos en principio divergentes (en el caso ruso, surgido de la erosión del Estado y como proceso políticamente regresivo; en el de la Unión Europea, en cambio, fruto del consenso y como dinámica expansiva), pero que se retroalimentan en los años siguientes y que están destinados inevitablemente al encuentro y a la complementariedad.

Los cambios políticos radicales que ha vivido Rusia a partir de la disolución de la URSS han sido de tal envergadura que requieren un análisis mayor del que pretenden estas páginas; sin embargo, cabe resaltar que, entre sus características, está la de haber resucitado los debates identitarios –seculares en Rusia– en un nuevo marco político internacional poco beneficioso para este país. En efecto, una nueva Rusia que ha perdido gran parte de su territorio tradicional, que ha visto como su proyecto ideológico, de claras ambiciones internacionales, ha fracasado estrepitosamente, y que se ve precisada de ayuda internacional para su reconstrucción, debe definirse a sí misma y mantener en la medida de lo posible una posición importante en el mundo. De modo paralelo, Europa Occidental reaviva su proyecto unificador dotándose de personalidad política y pretendiendo, a su vez, un puesto privilegiado en el nuevo mapa del mundo. No es de extrañar que el primer paso en este encuentro de Europa consigo misma sea el de dotarse de una personalidad simbólica basada en una identidad histórico-cultural y en

unos límites geográficos que se apresta a rellenar. Como primer paso a este objetivo, Europa intentará ocupar el espacio geográfico abandonado por una Rusia en retirada; mientras que el siguiente paso consistirá, precisamente, en definir los límites de su propia entidad con su flamante vecino surgido de ese periodo de turbulencia, precisamente Rusia.

En el debate identitario y en la confusión política ligada a su renacimiento, Rusia ha reencontrado el debate europeo que, en realidad, le ha acompañado desde su nacimiento, siglos atrás. Rusia se reconoce a sí misma como un país europeo, pero los avatares políticos le han llevado secularmente a enfrentarse con sus vecinos occidentales. El *continuum* entre apertura a Occidente y repliegue nacionalista se ha traducido a menudo en la historia política rusa en un antagonismo entre el europeísmo y un autoritarismo victimista que, pese a ello, adquiere con frecuencia tintes expansionistas y mesiánicos. En este sentido, la experiencia soviética se ve a menudo como una continuación de las ideologías paneslavas y panortodoxas que sitúan a Rusia en el centro de un mundo en vías de redención. A fines del siglo XX, sin una ideología salvífica que ofrecer, Rusia ha recuperado en gran medida la vocación europea que ha caracterizado gran parte de su propia tradición cultural, en esta ocasión como símbolo y sinónimo de libertades políticas y progreso material. Los últimos meses de existencia de la URSS y los primeros de la nueva Rusia estuvieron salpicados de referencias a la europeidad de Rusia, desde la presencia de banderas azules con círculo de estrellas amarillas en las numerosas manifestaciones “liberales” hasta propuestas de varias instituciones y personalidades (incluido, y no marginalmente, el propio B. Yeltsin) para integrar lo más pronto posible a Rusia en las estructuras de la Unión Europea y la OTAN. Rusia, todavía no recuperada del desconcierto que había llevado a la ruina a su anterior Estado, buscó unas relaciones de cooperación y, hasta cierto punto, de integración con la potencia emergente situada a su inmediato Occidente, y para ello no dudó en subrayar repetidamente los nexos de unión con el mismo. Por supuesto, existen razones objetivas que justifican esta voluntad de estrechar lazos con la neonata Unión Europea, y que van más allá del modelo político y económico deseado; Rusia, arruinada, recibe una más que generosa ayuda económica de los países eurooccidentales, deseosos de establecer bases para la estabilidad y la expansión en su frontera oriental. En este caso no se trata sólo para Moscú del hecho de hallar en su vecino europeo el espejo de un futuro próspero; para los rusos, la amistad con Europa proviene de buscar en la necesidad virtud y justificar en unos valores compartidos una alianza imprescindible para una Rusia devastada económica, política y moralmente.

Sin embargo, antes hemos hablado de un antagonismo atávico entre la tradición europeísta de Rusia y su sentimiento aislacionista y victimista. El sentimiento de una amenaza conspirativa contra Rusia obedece a una tradición antigua en este país, alimentado por una larga Guerra Fría y potenciado por una sensación difusa de que Rusia ha sido víctima de cálculos extranjeros sobre su propio futuro. Un país arruinado, una patria despedazada, un proyecto político en el que habían creído generaciones enteras fracasado, y todo ello en un período breve de tiempo y en el contexto de un enfrentamiento ideológico a escala internacional, no podían ser fruto de la casualidad

para la mayoría de la sociedad y de la clase política de Rusia ¹. Por ello, la sensación de agresión del enemigo exterior, de la amenaza persistente y un sentimiento de humillación nacional unido y alimentado por el desconcierto ideológico del fin del comunismo se mantienen vigentes en esa Rusia que tan buenas relaciones precisa mantener con Occidente.

Ante este dilema entre el reencuentro feliz con la democracia occidental y con un sistema mundial pacífico y colaborador, por un lado, y un sentimiento de agresión internacional, por el otro, se erige una bipolaridad en la política exterior de Rusia que produjo una cierta esquizofrenia en las autoridades de este país a lo largo de los años noventa. La administración Yeltsin buscó reforzar sus vínculos con Occidente y cohesionar a su opinión pública alrededor de este proyecto de cooperación y del propio proceso político de Rusia. Pero el Presidente ruso fracasó en este propósito al no lograr superar la persistente crisis económica de Rusia y, por lo tanto, el descontento de una sociedad extremadamente necesitada; descontento que se canalizó cada vez más en el rechazo no sólo hacia sus autoridades sino también a un mundo occidental considerado culpable de los males que acosaban al país y responsable último del mantenimiento en el poder de una clase política corrupta e incapaz.

Se abriría así el camino en la política exterior rusa a una distinción en sus relaciones con los aliados occidentales, distinción que se mantiene a grandes rasgos durante todo el mandato Yeltsin y que ayuda a superar el dilema entre percibir a Occidente como aliado y patrocinador de la recuperación económica, o percibirlo como enemigo tradicional, responsable de la situación de una patria vencida y vigía amenazante ante cualquier posible recuperación de Rusia. Así, por un lado, el Kremlin mantendría excelentes relaciones con la Unión Europea, sin percibir amenazas hacia su expansión ni desconfiar del control que efectúa la misma hacia sus inversiones en Rusia. Pero por otro lado, Yeltsin siguió desconfiando de la OTAN, quejándose públicamente de sus intervenciones en los Balcanes, denunciando su expansión hacia Europa Central y el Báltico como un hostigamiento hacia la seguridad rusa, negándose repetidamente a permitir un acercamiento institucional con la Alianza Atlántica más allá de unas conversaciones armamentísticas plagadas de dificultades y de un ingreso en la Alianza por la Paz constantemente atrasado y limitado en sus atribuciones.

¹ Podemos ver cómo este sentimiento popular se refleja en las distintas consultas electorales, especialmente a mediados de los años noventa. Así, en las elecciones de esos años las opciones nostálgicas se refuerzan: en diciembre de 1995 el Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF) resultó la fuerza más votada en la *Duma*; y seis meses más tarde, en las elecciones presidenciales, el líder comunista G. Ziugánov recogió el 32% de los votos en la primera vuelta y el 40'3% en la segunda. Al mismo tiempo, el populista de extrema derecha V. Zhirinovski (LDPR), aunque menos votado, consiguió un fuerte protagonismo social con su demagogia nacionalista y antioccidental. Incluso unos años más tarde, en 1999, una encuesta realizada por el Instituto *Romir* reflejaba que un abrumador 41% de los respondientes consideraba que Occidente intentaba "convertir a Rusia en un país del Tercer Mundo", y un 37% pensaba que "Occidente intenta disolver y destruir Rusia", mientras que sólo un 11% creía que los países occidentales "apoyan política y económicamente a Rusia" y sólo un 3% defendía que "Occidente ayuda a que Rusia sea un país civilizado y desarrollado" (Citado por Rafael POCH, en el artículo "Rusia se enroca. Kosovo y la crisis económica provocan una nueva hostilidad hacia occidente", *La Vanguardia* [sección "Revista"] de 12 de diciembre de 1999, págs. 14 y 15).

Esta aparente esquizofrenia de la política exterior rusa obvia, entre otras cosas, la gran coincidencia de miembros e intereses entre la UE y la OTAN. Sin embargo, tiene el mérito de satisfacer una necesidad de acercamiento rusa a través de la elección de un referente político y cultural, toda vez que se respeta la percepción de gran parte de la sociedad rusa de una hostilidad de naturaleza belígena. Con ello Moscú mantiene una política constructiva y animosa hacia una Europa vista con perfiles esencialmente económicos mientras desarrolla una animosidad oscilante hacia un Occidente contemplado en términos estratégicos y considerado potencialmente agresivo. Este esquema se verá brutalmente truncado por los cambios de escenario de los años 2000-2001, como veremos más adelante, pero ha contribuido poderosamente a desarrollar el marco de las relaciones con Occidente de una Rusia falta de elementos de referencia positivos y negativos tras el derrumbe soviético.

II. EL MARCO LEGAL

En el paralelo proceso de consolidación de la Federación Rusa y de la Unión Europea podemos hablar de cuatro marcos jurídicos básicos en que se establecen las relaciones entre ambos actores: los acuerdos TACIS, el Acuerdo de Asociación y Cooperación (AAC), la Estrategia Común de 1999 y la Política de Vecindad de 2004.

Un primer período en la colaboración de la UE con Rusia se concentró en las inversiones directas comunitarias y en la canalización de la ayuda técnica a través del programa TACIS. Dicho programa, nacido incluso antes de la disolución de la URSS, en 1990, reúne la cooperación técnica y económica de Bruselas con los países de la Comunidad de Estados Independientes y Mongolia. Hasta el año 2001 la Unión Europea había destinado cerca de 2.400 millones de euros (un total de 1.489 millones de euros en concepto de Programas de Acción Nacional y 890 millones más en concepto de programas regionales). De todos modos, en 1999 las autoridades comunitarias realizaron un replanteamiento del Programa TACIS hacia la inversión económica, evitando lo que se venía considerando hasta el momento como ayuda oficial al desarrollo más o menos encubierta. Por otra parte, se ha denunciado repetidamente que las ayudas enmarcadas en el Programa TACIS enmascaraban tradicionalmente políticas prioritarias para la Unión Europea, tales como el reciclaje de estructuras contaminantes en las fronteras occidentales o la creación de estructuras administrativas destinadas a favorecer el comercio con la propia UE.

La primera crisis de Chechenia, en 1994, significó un grave deterioro de la confianza entre Rusia y Occidente y el inicio de una segunda fase en las relaciones de Moscú con Bruselas. Desde Europa Occidental se reaccionó con acritud a la dureza de la campaña caucásica y, en correspondencia, creció en Rusia el sentimiento antioccidental. Los acuerdos comerciales y políticos entre ambas partes se vieron aplazados, aumentó la oposición rusa a las posiciones occidentales en los Balcanes o el Báltico y, en general se percibió una incomprensión mutua entre Rusia y sus aliados occidentales. De modo paralelo, creció la desconfianza de la sociedad rusa hacia la comunidad internacional y hacia los propios dirigentes rusos, que empezaron a ser percibidos como un elemento corrupto y profundamente antipatriótico impuesto desde el

exterior. El Acuerdo de Asociación y Cooperación (ACC) entre la UE y Rusia, firmado en 1994, no entró en vigor hasta 1997 debido a esta crisis de confianza. Esta fase de desconfianza en las relaciones de Rusia con la UE puede darse por superada a raíz de la crisis económica de 1998, durante la cual Bruselas se ve obligada a suministrar apoyo económico y político a Moscú, y al mismo tiempo debe replantearse los canales de colaboración con la Federación Rusa. Durante esta tercera fase se restableció hasta cierto punto la confianza entre ambos actores y se intensificaron sus relaciones comerciales, centradas cada vez más en la exportación de hidrocarburos hacia occidente por parte de las grandes compañías rusas. La Unión Europea tuvo durante esta fase una oportunidad magnífica de restablecer la confianza hacia Rusia con ocasión de la segunda crisis de Chechenia, en 1999: en ese momento los gobiernos europeos no sólo se abstuvieron de condenar la reedición de los abusos del ejército ruso en el Cáucaso, sino que contribuyeron a silenciar las críticas que emergían al respecto desde organizaciones como el Consejo de Europa o la OSCE ². Esta fase de restablecimiento de la confianza concluyó con la toma de posesión de Putin en el año 2000, cuando aparecieron nuevos factores a ser tenidos en cuenta en la agenda internacional.

A lo largo de estas fases, y a pesar de los recelos aparecidos, Rusia ha generado una densa red de interdependencias con la Unión Europea. No se trata tan sólo de la cooperación económica, bajo forma asistencial en un principio y como intercambios comerciales más tarde: el Acuerdo de Colaboración y Cooperación entre Moscú y Bruselas prevé también un contacto político intenso entre las instituciones de ambos actores, incluyendo la celebración de dos cumbres anuales y el establecimiento de una estrecha cooperación en ámbitos como la educación, los transportes y las comunicaciones, el medio ambiente, etc. Sin embargo, en esta colaboración institucional –la más intensa que lleva a cabo la UE con un país que no sea candidato a la adhesión–, queda expresamente excluido cualquier aspecto vinculado a la seguridad. Ello se debe a dos aspectos obvios y vinculados entre sí, como son el hecho de que la UE tiene poco desarrollada esta específica faceta, y el de que Rusia ya tiene establecida su vía de diálogo directo con la OTAN. De todos modos, hay que destacar que existe por parte de Rusia y la UE un claro interés en mantener su relación en el ámbito de la *low politics*, privilegiando los vínculos comerciales y político-estructurales, por una razón de confianza. Las crisis entre Rusia y Occidente durante la década de los años noventa quedaron por lo general ceñidas a aspectos estratégicos y, en consecuencia, fueron canalizadas hacia las relaciones de Rusia con la OTAN o con Estados Unidos.

Esta sintonía positiva entre Moscú y Bruselas, recuperada tras las sucesivas crisis de confianza, tuvo su constatación formal en 1999, con la aprobación por parte del Consejo Europeo de una Estrategia Común destinada a Rusia ³. Sin embargo, el estrecho

² En realidad, sí que se produce una condena, en términos muy duros, del Consejo Europeo hacia Rusia con ocasión del Consejo de Helsinki. Sin embargo, las sanciones anunciadas y las amenazas de aquella ocasión no tuvieron ninguna aplicación práctica, en lo que parece un movimiento cautelosamente pactado.

³ La Estrategia Común nace como instrumento político de la PESC a raíz del Tratado de Ámsterdam, aprobado en 1997 vigente desde 1999. La Estrategia destinada a Rusia fue la primera que aprobó el Consejo; la segunda –el mismo año 1999– estuvo destinada a Ucrania; y la tercera, destinada al Mediterráneo, se aprobó en 2000. Desde entonces no se ha aprobado ninguna más,

marco de cooperación establecido entre Rusia y la UE en el Acuerdo de Asociación y Cooperación dejaba poco margen de maniobra a la Estrategia Común; en cualquier caso, dicha estrategia debía aportar como principal novedad la coordinación de las políticas nacionales hacia Rusia a través de las estructuras comunitarias, lo que los diferentes Estados no estaban dispuestos a permitir. Como resultado de ello, la Estrategia Común de la UE para Rusia, con validez para cinco años, no fue renovada dada su inoperatividad.

Un último marco de cooperación de la UE con Rusia –o, más bien, con el entorno geográfico de Rusia–, lo ofrece la política de vecindad iniciada por Bruselas en 2004. Esta política hay que enmarcarla en las nuevas necesidades estratégicas surgidas a raíz de la ampliación comunitaria de dicho año y el establecimiento de un área geográficamente definida para la cohesión territorial de la UE. En realidad no hay una política de vecindad como tal destinada a Rusia, pero sí existe una política destinada a Ucrania, Bielorrusia, Moldavia y el Cáucaso. Al definir las áreas de “vecindad”, con dinámicas de relación comercial y políticas concretas, Bruselas ha establecido un área de cooperación exterior y, por lo tanto, ha definido también lo que ya no es un área de expansión en sucesivas ampliaciones. Por ello, al establecer estas políticas de vecindad, vistas con buenos ojos por Moscú, la UE ha puesto en marcha unas políticas que no implican interés directo en vistas a una ampliación y, por lo tanto, ha reconocido implícitamente la influencia política de Rusia en dichas zonas. Sin embargo, en el marco de estas políticas también hay una exigencia de seguridad y estabilidad que pasa, por ejemplo, por la solución política del conflicto del Transdniéster, lo que conlleva un compromiso de las partes implicadas, incluida Rusia, para garantizar dicha estabilidad. Con las políticas de vecindad, la Unión Europea define los límites de su expansión, pero también establece una suerte de cordón sanitario propio destinado a garantizar la estabilidad de sus fronteras.

III. UNAS RELACIONES DE MUTUA DEPENDENCIA

Aparentemente, las relaciones comerciales y el entramado de tratados y acuerdos han contribuido a establecer un área de confianza entre Rusia y Europa occidental. Sin embargo, ya hemos visto cómo esta confianza ha venido trufada de periódicas muestras de desconfianza mutua, vinculada en ocasiones a la ampliación de la UE hacia áreas sobre las que históricamente se ha proyectado la expansión rusa. La ampliación de la UE en 2004 no ha contribuido precisamente a suavizar todas las tensiones. Si bien los

debido a la indefinición de la propia Estrategia común (que sería calificada como “*Christmas tree*” por Javier Solana) y a la dificultad de aplicación en los casos elegidos.

En el caso ruso, resulta significativo el artículo de Yu. BORKO: “The European Union’s Common Strategy on Russia: A Russian View”, en Hiski HAUKKALA y Sergei MEDVEDEV, (eds.): *The EU Common Strategy on Russia: Learning the Grammar of the CFSP*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2001, págs. 117 a 143. Véase también Stephan DE SPIEGELEIRE: “Towards a Genuinely Common EU Strategy on Russia”, en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 4 de marzo de 2003.

discursos de los nuevos países comunitarios recalcan la necesidad de hallar estabilidad en las nuevas fronteras orientales de la Unión y han potenciado la creación de una Dimensión Oriental, lo cierto es que para muchos países que han estado históricamente amenazados por Rusia existe aún un fuerte recelo hacia ésta. En este sentido podemos interpretar las declaraciones de algunos líderes de la zona y la actitud de países como Polonia y Lituania con motivo de la crisis ucraniana de 2004. Es evidente que una parte considerable de la opinión pública y de la clase política de estos Estados ⁴ sigue viendo a Rusia como un régimen antidemocrático y una amenaza potencial, y apuestan por sustraer de su influencia a Ucrania, Georgia y otros países de la región ⁵.

A pesar de estas crisis periódicas, los lazos de interdependencia entre Moscú y Bruselas son extremadamente fuertes: el 60% de las exportaciones rusas van a la UE; de estas exportaciones, algo más de la mitad consisten en hidrocarburos. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el 55% del total de las exportaciones rusas son de materias energéticas; Rusia proveía en 2005 cerca del 25% de las importaciones petrolíferas de la Unión, así como el 45% del gas importado. En conjunto, Rusia cubre cerca del 15% de las necesidades energéticas de la UE. Del mismo modo, la UE aporta cerca del 40% de las importaciones rusas. En todo caso, estamos ante un intercambio comercial desigual, ya que el comercio de la UE con Rusia sólo representa el 5% de las exportaciones comunitarias y el 3% de sus importaciones; globalmente, Rusia es el quinto socio comercial de la UE, tras EEUU, Suiza, China y Japón. Estas cifras nos dan una idea del entramado de dependencia mutua que se ha establecido entre ambos actores: Rusia compra y vende en Europa a una escala gigantesca, por lo que no puede prescindir de unas relaciones óptimas con su vecino occidental. De un modo similar, la Unión Europea mantiene un flujo comercial relativamente modesto con Rusia, pero el peso que llevan los hidrocarburos en estos intercambios reflejan una fuerte dependencia de dos vertientes: por un lado, el petróleo y el gas rusos (para ser más exactos, proporcionados por empresas rusas, puesto que en gran medida provienen de Asia Central y otros orígenes) han ganado un lugar privilegiado en el abastecimiento energético comunitario que condiciona su propio funcionamiento ⁶; por otro lado, la Unión Europea tiene un gran interés en que se mantenga esta dependencia rusa y no está interesada en que Rusia diversifique su clientela, lo cual le dejaría más libertad de acción política. Es por ello que Bruselas vio con gran preocupación el proyecto de crear oleoductos destinados a

⁴ Así, en mayo de 2001, el entonces Presidente de la República Checa, Václav Havel, expresó ante los candidatos al ingreso en la OTAN (los “Diez de Vilnius”) su convencimiento de que Rusia, al no ser un país ni occidental ni europeo, no debía recibir un trato especial de las organizaciones occidentales. El mismo Havel ha promovido recientemente (marzo de 2006) un manifiesto internacional (firmado entre otros, por André Glücksman, Mary Robinson, George Soros y Desmond Tutu) contra la impunidad de Rusia ante los crímenes contenidos en Chechenia. Véase “El silencio sobre Chechenia”, *El País* de 6 de marzo de 2006, pág. 19.

⁵ Véase Vladimir BARANOVSKY: *Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopollittinen instituutti – Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2002.

⁶ Como quedó de manifiesto a raíz de la crisis energética de enero de 2006, en que se vio dificultado el acceso del gas ruso a Europa occidental (principalmente a Alemania) a través de Ucrania por las difíciles relaciones entre Moscú y Kíev.

exportar petróleo ruso hacia Estados Unidos ⁷, oleoductos que sin duda habrían supuesto la pérdida del monopolio comunitario sobre el mercado exportador ruso y, por lo tanto, una mengua en la influencia política sobre Moscú.

IV. EL FACTOR DE LA SEGURIDAD

Con anterioridad he resaltado la distinción que suele hacer la política rusa en sus relaciones con Occidente según que se trate de asuntos económicos (que trata básicamente con la Unión Europea, en general en términos positivos y de confianza) o sobre cuestiones de seguridad (que canaliza hacia la OTAN, en niveles esencialmente de desconfianza mutua). Sin embargo, a medida que la Unión Europea ha ido asumiendo ambiciones en materia de seguridad se ha podido percibir un cambio de sintonía acorde con la nueva situación. Ello ha sido más visible a partir de diciembre de 1999, cuando el Consejo de Helsinki acordó establecer una Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD) que reflejaba en gran medida los intereses que hasta el momento los Estados europeos sólo habían podido manifestar a través de la OTAN ⁸. Si hasta entonces la UE, vacía de contenido en materia de seguridad, apenas había despertado recelos en Moscú, a partir de entonces se abrió una nueva etapa coincidente en el tiempo con el ascenso de V. Putin al frente de la Federación Rusa.

En realidad, ya antes se habían producido áreas de desconfianza entre Rusia y Occidente en materia de seguridad, aunque la UE había quedado en principio apartada de dichas polémicas. Cuando menos, podríamos señalar dos áreas de solapamiento de influencias que llevaron a fricciones con Europa Occidental: una en el Báltico y otra en los Balcanes. En el primer caso, Moscú no aceptó de buen grado la pérdida de influencia sobre lo que todavía sigue considerando como su “extranjero próximo” y parte de su referente histórico. Además, los puertos bálticos, que en tiempos habían albergado bases importantes de la flota soviética, seguían siendo de importancia estratégica fundamental para el Kremlin. Durante los años noventa Rusia había expresado su interés en las Repúblicas Bálticas mediante su insistencia en proteger los derechos de las minorías rusófonas de estos países ⁹ y sus protestas por la ampliación de la OTAN a la zona. Sin embargo, con la ampliación de la UE hacia el Este, se planteó una nueva situación que

⁷ A raíz de las entrevistas Bush-Putin en Texas en octubre de 2001. Estos proyectos, sin embargo, apenas han tenido una materialización dado su coste y sus dificultades técnicas.

⁸ Así, el hecho de que como rostro visible de dicha PESD y de la PESC en su conjunto se eligiera como Alto Representante de la UE para la PESC a Javier Solana, antiguo Secretario General de la OTAN precisamente durante los bombardeos sobre Serbia, es algo más que simbólico.

⁹ Entre Estonia y Letonia residen aproximadamente, a principios de siglo XXI, 1.230.000 rusos, ucranianos y bielorrusos, de los cuales apenas 510.000 poseen la nacionalidad del Estado en que residen. Aunque esta situación había llevado a duras críticas desde Rusia a principios de los años noventa, el Kremlin había rebajado el tono reivindicativo en la zona al aceptar la mediación de las organizaciones internacionales y las tímidas reformas de los gobiernos bálticos. Sin embargo, a partir de diciembre de 2001 volvemos a encontrar discursos de la Presidencia rusa exigiendo respeto a los derechos de los rusófonos en el Báltico.

ponía en entredicho las buenas relaciones entre Moscú y Bruselas a raíz del aislamiento en que quedaba la región de Kaliningrado ¹⁰.

El caso de los Balcanes está más íntimamente vinculado a la sensibilidad rusa en lo que se refiere a la asunción de su papel como potencia internacional. En las guerras de Bosnia (1992-95) y Kosovo (1999), Rusia insistió en su papel mediador, pero sobre todo en su carácter de contrapeso a las posiciones occidentales, netamente favorables a los bosnios en el primer caso, y a los albanokosovares en el segundo. Con una opinión pública sensibilizada contra la prepotencia occidental y solidaria con los intereses serbios (con quienes los rusos se ven unidos por lazos históricos y culturales), Rusia se constituyó en un contrapunto importante a los esfuerzos de Naciones Unidas de intervenir más duramente contra Slobodan Milosevic y propició que las decisiones más contundentes, como los bombardeos de la OTAN, se tuvieran que adoptar al margen del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Oficialmente, Yeltsin se limitó a exigir la presencia de fuerzas rusas entre los cascos azules presentes en los conflictos y en formar parte de los equipos de mediación, pero para un público y una prensa recelosos de la pérdida de peso internacional de Rusia, estos posicionamientos, tan incómodos para Occidente, representaban la reconstrucción de un área de influencia rusa sobre una región con la que mantenían fuertes lazos históricos. El progresivo aumento de la influencia de la UE sobre la zona, especialmente tras el conflicto de Kosovo y la caída de Milosevic, ha contribuido a generar la sensación de una competencia por la zona que se ha resuelto, una vez más, a favor de Occidente, con el recelo consecuente por parte de Rusia ¹¹.

De modo paradójico, estas situaciones de desconfianza de Rusia hacia la UE han coincidido en el tiempo con el establecimiento de mejores relaciones de confianza con los Estados Unidos. En el año 2000 se inició un cambio importante que afectó tanto las relaciones exteriores de Rusia como, más concretamente, a las relaciones entre Bruselas y Moscú. La llegada de G. W. Bush a la Casa Blanca, poco después de que lo hiciera Putin al Kremlin, pareció que iba a propiciar un acercamiento de las posiciones de Rusia y Europa ante un Washington más agresivo que bajo las administraciones anteriores. Sin embargo, el uso por parte de Bush de un discurso militarista y centrado en la percepción de amenazas ha encontrado un eco insospechado en Moscú. Esta situación ha llevado a una paradoja en las relaciones de Moscú y Bruselas: poco antes de los atentados del 11 de septiembre ambas capitales parecían aunar su oposición a las políticas de Washington, especialmente en cuanto lo relativo a la limitación de las importaciones de cereales y acero, al escudo antimisiles de los proyectos defensivos de Bush y a la negativa estadounidense a suscribir el acuerdo de establecimiento de la Corte Penal Internacional. Este frente común europeo ante Estados Unidos desapareció a fines de

¹⁰ Con la ampliación europea, la región de Kaliningrado (la antigua ciudad alemana de Königsberg) ha quedado aislada del resto de territorio ruso por Lituania y Polonia. Putin pretendía potenciar el puerto de Kaliningrado como gran nexo comercial entre Rusia y la UE, pero Bruselas rechazó esta posibilidad, que hubiera perjudicado a los otros puertos del Báltico. Más tarde, Moscú presionó para que la UE facilitase la comunicación de la región con el resto de Rusia, lo que sólo ha logrado parcialmente.

¹¹ Véase, al respecto Carmen CLAUDÍN: "Rusia y la Unión Europea, diez años de un lento aprendizaje", *Anuario CIDOB 2001*, CIDOB, Barcelona, 2002, págs. 169 a 176.

2001, al tiempo que Putin pareció establecer una sintonía específica en materia de seguridad con Bush. A raíz de la crisis de Iraq se hubiera podido potenciar un nuevo frente anti-Bush por la convergencia de posturas de Francia, Alemania y Rusia en su oposición a la intervención sobre Iraq. Sin embargo, Putin rechazó hacer causa común con el núcleo europeísta de la UE y mantuvo su oposición a la guerra por su propia vía, lo que le reportará también un trato diferenciado por parte de Bush ¹².

La potenciación de los aspectos estratégicos en la agenda internacional de Putin se ha dejado sentir sustancialmente en las relaciones de Rusia con Europa. De repente, ha emergido una susceptibilidad y una desconfianza que parecían superadas en fases anteriores del diálogo intereuropeo. De este modo, la ampliación de la UE planteó problemas que antes apenas habían sido percibidos, como la situación del exclave ruso de Kaliningrado o la capacidad de Rusia para influir en su área geográfica de influencia. Los intereses de Rusia y Europa parecen adoptar posiciones antagónicas al mismo tiempo que Moscú y Washington hallan una mayor coincidencia en sus políticas al primar en la agenda internacional la seguridad, la lucha contra el terrorismo internacional y la *high politics*. Al mismo tiempo, estos temas parecen todavía alejados de las capacidades de una Unión Europea cada vez más enquistada en sus diferencias nacionales y en sus dilemas institucionales, especialmente a raíz del agrio debate constitucional de la Unión a partir de 2003.

V. LA CUESTIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS

Es evidente que la democracia en Rusia vive todavía un proceso de adaptación difícil y con carencias de tipo probablemente estructural. Ello no obstante, el régimen surgido del desmembramiento de la URSS no sólo es el más democrático de la historia de este país, sino que sigue siendo el más libre y transparente de toda la CEI, por lo menos hasta las recientes revoluciones democráticas de Georgia y Ucrania. Sin embargo, el déficit de libertades en Rusia es suficientemente ostentoso para que sea objeto de críticas y denuncias por parte de los principales organismos internacionales de supervisión de los derechos humanos. En general, podemos hablar de tres niveles muy

¹² La distancia temporal nos permite hacer un análisis más objetivo de las razones de la oposición a la iniciativa de Bush sobre Iraq según los intereses de los distintos Estados. En el caso ruso, aparte de satisfacer la sensibilidad de una opinión pública extremadamente susceptible al “imperialismo americano”, hay que ver en la oposición a la guerra los intereses económicos de Moscú: cerca del 60% del petróleo que salía de Iraq con Saddam Hussein lo hacía a través de compañías rusas. Pero, por encima de todo, existía el temor a la libre circulación de grandes masas de petróleo iraquí, que hubiera podido abaratar el precio internacional del crudo y arruinar las exportaciones rusas. Teniendo en cuenta que la extracción de petróleo ruso, de escasa calidad, no es rentable con un precio internacional inferior a los 20 dólares por barril (en marzo de 2003 el precio era de unos 30 dólares), Rusia se jugaba su recuperación económica (y, probablemente, la estabilidad de gran parte del planeta) con lo que pasase en Iraq. Sospechosamente, el precio del petróleo no sólo no ha bajado tras la intervención estadounidense, sino que se ha duplicado desde entonces. En cuanto al trato que ha merecido Rusia por parte de Washington a raíz de su falta de apoyo, baste recordar las palabras de Condolezza Rice: “Hay que castigar a Francia, ignorar a Alemania y perdonar a Rusia”.

distintos de violaciones de los derechos humanos propiciados o permitidos por las autoridades rusas: en primer lugar, y muy especialmente, de los abusos cometidos en Chechenia por el ejército ruso, las fuerzas paramilitares y elementos de la administración tanto local como federal. En segundo lugar, de los límites a la libertad de prensa y la corrupción a varios niveles en la propia administración central y en las administraciones periféricas, lo que lleva abusos sobre las libertades por todo el territorio de Rusia, aunque con unas consecuencias sociales y políticas sin duda mucho menores que en Chechenia. Y en tercer lugar, de los derivados del ejercicio de la influencia directa que Rusia ejerce sobre su área de influencia –la CEI–, que propicia a menudo la perpetuación en la región de dictaduras de una rigidez extrema pero que garantizan con su férreo control político la fidelidad a Moscú.

Entre estos niveles de abusos sobre los derechos humanos, el caso checheno es sin duda el más grave, toda vez que arroja –y aportaremos datos bien escuetos– un falseamiento sistemático de los resultados electorales, un severo control y represión sobre la población civil, y un número de muertos que oscila entre los 100.000 y los 300.000. A pesar de las condenas a la administración rusa por parte de numerosos organismos internacionales como el Consejo de Europa y Naciones Unidas, el Kremlin no ha modificado su política en el Cáucaso. Por otra parte, las críticas occidentales sobre la actitud rusa en Chechenia, aunque han bajado notablemente de intensidad con relación a las que se produjeron en 1994-95, siguen siendo percibidas como una injerencia en la soberanía rusa. A la insistencia eurooccidental sobre la falta de garantías democráticas y de protección a las minorías en Rusia, han resurgido en la prensa y en la clase política rusa las referencias a los derechos de las minorías rusófonas del Báltico. La sensibilidad rusa hacia las perspectivas occidentales sobre la política del Kremlin llegó a sus extremos a lo largo de 2004: cuando, en septiembre de dicho año, algunas autoridades comunitarias manifestaron un tímido recelo hacia la actitud de las fuerzas de seguridad rusas ante la tragedia de Beslán¹³, la prensa, la clase política y la Presidencia de Rusia reaccionaron con una virulencia que se satisfizo pronto con la plena adhesión de las instituciones comunitarias a la estrategia rusa. En general, podemos decir que las instituciones políticas de la Unión Europea han aprendido algo de la crisis de confianza con Rusia que se originó en la primera Guerra de Chechenia, en 1994-96; y es que hay que ser extremadamente cautelosos con la sensibilidad rusa hacia lo que consideran una intromisión extranjera sobre sus asuntos internos. Lo mismo se puede decir en cuanto a los casos de presunta corrupción política en Rusia, así como del control mediático que ejerce Putin desde su llegada al poder, de las operaciones políticas sobre magnates de aspiraciones políticas como M. Jodorkovski o de la expulsión, en 2005, de ONGs extranjeras de vigilancia de los derechos humanos. Estos casos no han levantado ningún comentario de las instituciones comunitarias, y apenas alguna crítica por parte de la prensa europea.

¹³ El 1 de septiembre de 2004 un comando checheno tomó una escuela en Beslán, en Osetia Septentrional. Tras tres días de asedio, el colegio fue liberado por tropas rusas en una situación confusa que provocó más de trescientos de muertos, la mayoría niños. Ante los comentarios de algunos políticos occidentales como Silvio Berlusconi y Joschka Fischer en que se cuestionaba la inevitabilidad del balance, Moscú reaccionó con indignación.

Sí ha llamado más la atención, sin embargo, el modo en que Rusia ejerce su influencia política en el área vinculada tradicionalmente a Moscú, es decir en los países de la CEI. La comunidad internacional ha reconocido, en general, el ascendente político del Kremlin sobre este espacio y suele pasar por alto tanto el hecho de que estos países no sean proclives a respetar los derechos humanos, como los métodos autoritarios y expeditivos con que Rusia suele hacer respetar su influencia; por ejemplo, promoviendo y sustentando conflictos para los que a la postre se hace imprescindible una mediación rusa que habitualmente consolida la hegemonía rusa sobre estos países.

El fuerte influjo de Rusia sobre el espacio exsoviético fue ensombrecido, aparentemente, en otoño de 2003. En aquel momento Georgia vivió un movimiento popular, la llamada “Revolución de las Rosas”, que derrocó al presidente E. Shevarnadze y catapultó a una nueva generación de políticos liderados por el jefe opositor, M. Saakashvili. Los principales objetivos de la revolución fueron acabar con la corrupción de las antiguas elites, recuperar la cohesión nacional y distanciarse de la influencia rusa para iniciar un proceso de adhesión a las instituciones occidentales.

Un año más tarde se produjeron los sucesos de Ucrania, que tantos paralelismos presentan con la revolución georgiana. Como se recordará, a los comicios presidenciales de octubre de 2004 se presentaron dos candidatos: V. Yanukóvich, continuista, que gozaba de las preferencias moscovitas, y V. Yúshenko, opositor, que presentaba un programa claramente prooccidental. Más allá de grandes diferencias ideológicas entre ambos candidatos, las claves de la elección consistieron en que los dos candidatos se erigieron en portavoces de los dos proyectos nacionales distintos entre los que se ha dividido Ucrania desde su independencia o, probablemente, desde mucho antes. Yúshenko consiguió aunar a su alrededor a los sectores más inquietos, contrarios a los monopolios políticos y económicos tradicionales en el país, partidarios de afianzar la identidad nacional y de alejarse de la influencia rusa para acercar el país a Occidente. Yanukóvich, por su lado, no sólo representaba a los intereses político-económicos vigentes, sino que también hablaba en nombre de un sentimiento muy extendido en Ucrania de pertenencia a un conjunto estratégico ligado a Rusia, a su historia y a su cultura.

La movilización popular por las irregularidades electorales, auténticamente impresionante, fue conocida como la “Revolución Naranja” y consiguió la celebración de una tercera vuelta electoral que acabó dando la victoria a Yúshenko. El nuevo presidente inició su mandato con una promesa clara: llevar a Ucrania a la incorporación en la Unión Europea y en la OTAN; promesa nada fácil de cumplir, dada la situación internacional. Ante ello el Kremlin reaccionó con un disgusto mal disimulado: Putin había reiterado su apoyo a Yanukóvich en plena crisis y escenificó en La Haya su desagrado hacia la actitud de la UE de exigir transparencia electoral en Ucrania. Pero la receptividad de las instituciones occidentales hacia el nuevo discurso de Kíev no fue nada clara durante la crisis ni, especialmente, tras ella ¹⁴.

¹⁴ No hay que olvidar que en el imaginario colectivo y en la propaganda nacionalista de Rusia la amenaza occidental sobre la integridad del área de influencia rusa está muy presente. Como ejemplo, hay que citar la extraordinaria difusión que han tenido en Rusia las ideas de Zbigniew BRZEZINSKI, quien, en *El gran tablero mundial (The Grand Chessboard)*, BasicBooks,

Lo cierto es que la Ucrania de Yúshenko, además de verse sumida en sus propias contradicciones políticas, no ha recibido ningún apoyo claro de Occidente a sus proyectos políticos. Lo cual nos lleva a preguntarnos la razón del tímido apoyo al europeísmo ucraniano que se percibió durante la Revolución Naranja en Kiev y, especialmente, en Moscú. La Unión Europea no está dispuesta, por lo menos de momento, a romper sus vínculos con Moscú, a provocar un malentendido con los dignatarios rusos ni, mucho menos, a quebrar los acuerdos implícitos sobre límites de influencias entre ambos actores. Y Ucrania no tiene mucho que ofrecer a cambio de que produzca esta evolución política que tanto le beneficiaría. La pasajera actitud de Bruselas a fines de 2004 fue probablemente fruto de un momento de incertidumbre en la política comunitaria como consecuencia de la ampliación y del reto de la Constitución; a la actitud de algunos nuevos miembros –especialmente Polonia, Lituania y la República Checa–, deseosos de llevar la atención comunitaria a sus propias fronteras; y a una actitud *naïf*, especialmente en los medios de comunicación, propicia a dejarse llevar por los halagos de unas revoluciones que sueñan, precisamente por incorporarse a las estructuras europeas.

A pesar de su discurso reiterado en tanto que potencia civil adalid de los derechos humanos, lo cierto es que la Unión Europea ya está habituada a establecer relaciones estrictamente políticas con socios y aliados imponiendo escasas o nulas exigencias a las políticas internas de sus contrapartes. Rusia es un claro ejemplo de ello: la UE difícilmente aplicará condicionalidades políticas a una potencia que le resulta imprescindible no sólo para su comercio y sus inversiones, sino para aportarle un elemento aún más precioso: estabilidad.

VI. CONCLUSIONES

La vinculación entre las dos partes de Europa va más allá del comercio: Rusia aporta estabilidad a las fronteras de la UE y ofrece una estrecha cooperación en numerosos ámbitos. Rusia sigue siendo un aliado necesario para Bruselas y, en su retórica política, enumera a menudo los puntos en común que justifican esta relación especial, singularmente los valores compartidos. Entre estos valores –y así lo dicen con insistencia los comunicados de las sucesivas cumbres UE-Rusia–, se halla el respeto hacia los derechos humanos y hacia los derechos de las minorías. En este punto es donde probablemente haya más acuerdo, toda vez que una vez tras otra Rusia insiste en que respeta los derechos humanos y se alegra de ver que la UE así lo reconoce, mientras que la UE manifiesta celebrar el respeto de Rusia hacia esos derechos.

La Unión Europea necesita el apoyo de Rusia no sólo para garantizar unas fronteras estables y asegurar sus intereses económicos; también la propia cohesión de la Unión pasa por unas relaciones consolidadas con su vecino oriental, ya sea para afianzar su propia identidad dentro del sistema internacional o para restañar las heridas internas que amenaza al propio proceso europeo. En este sentido debemos entender la

Nueva York, 1997) sugiere que la Unión Europea debería iniciar su expansión hacia Ucrania ¡en 2005!

ostentación que presenta la cumbre realizada en marzo de 2005 entre Putin y algunos líderes europeos, en que se mostró especial interés en resaltar los “valores comunes” y la voluntad de estrechar los vínculos de cooperación existentes ¹⁵.

La Unión Europea, apenas digerida la ampliación de 2004 y con su futuro todavía abierto en relación con Turquía y los Balcanes, no puede plantearse la adopción de una nueva agenda de ampliación hacia el Este. En cuanto a la OTAN, a pesar de haber establecido un nuevo programa de cooperación con Ucrania, ha precisado en numerosas ocasiones que esta política no va encaminada a la adhesión de nuevos países a corto plazo.

La posición que en los últimos tiempos han adoptado Estados Unidos y Europa Occidental hacia Rusia parece regirse por la consigna de buscar la estabilidad a toda costa, y para ello se consiente que Moscú mantenga una fuerte autonomía no sólo en su política interna, sino también en su política regional. En palabras de Condoleezza Rice, “una Rusia aliada resulta incómoda, pero una Rusia enemiga es peligrosa”. En los últimos años se ha logrado una perspectiva común entre Rusia y Occidente en materia de estrategia internacional, lo que ha permitido al Kremlin sentirse comprendido en su política chechena y a Occidente contar con un aliado valiosísimo en su lucha contra el terrorismo islámico ¹⁶. Además, Rusia ya no exporta sólo seguridad, sino que se ha convertido en uno de los principales proveedores de hidrocarburos de la Unión Europea. En otras circunstancias, Occidente podría haber estado interesado en mantener una expansión política hacia el área de influencia rusa; pero en la actualidad ello resulta poco atractivo. Cualquier intento real de minar el liderazgo regional ruso puede ser interpretado como un nuevo atentado hacia los derechos e intereses reales de Rusia, y eso puede llevarnos a un nuevo teatro de tensión entre el Este y el Oeste.

En la actualidad la Unión Europea trata de lamer sus heridas tras los múltiples descabros producidos en los últimos años. Por un lado, la crisis de Iraq ha generado una pérdida de confianza entre los socios comunitarios en materia de política exterior. Por otro lado, es innegable la crisis institucional generada por el difícil parto de la Constitución Europea y por su más que accidentada aprobación, paralizada desde comienzos de 2005 por los *noes* de Francia y los Países Bajos, de difícil resolución. Todo ello dificulta y paraliza el funcionamiento institucional de la UE, especialmente a la hora de emprender una política exterior coherente. En lo que respecta a las relaciones con un vecino tan importante como susceptible como es Rusia, éstas pasan por un momento delicado que no se ve favorecido por la falta de liderazgo y cohesión que se percibe en Bruselas. Ya hemos visto como esta indeterminación ha producido en los

¹⁵ El 18 de marzo V. Putin se encontró en París con una *troika* comunitaria particular, puesto que estaba compuesta por los tres líderes de la UE que mayor recelo habían expresado hacia la guerra de Iraq: Chirac, Schroeder y Zapatero. El ambiente de cordialidad que se respiró en la cumbre, sin críticas aparentes ni a la política interna rusa ni a la política internacional de Washington, así como el hecho de que se produjese semanas después de la gira de Bush, apuntan a un deseo compartido de restablecer la confianza internacional perdida en los años anteriores.

¹⁶ En realidad, parece haberse hallado un marco común de discurso entre Rusia y Occidente a raíz del progresivo protagonismo de la seguridad en ambas agendas. Véase B. LO: “The Securitization of Russian Foreign Policy under Putin”, en G. GORODETSKY, (ed.): *Russia between East and West*, The Cummings Center Series, Frank Cass Publ., Londres, 2003, págs. 12 a 27.

últimos tiempos serios malentendidos y crisis puntuales entre Rusia y la UE. Aparentemente, el apaciguamiento de la crisis de Iraq (en lo que se refiere al consenso internacional sobre la intervención, cuando menos) y la necesidad de un entendimiento mutuo están dulcificando las relaciones entre ambas potencias, pero los próximos años depararán una serie de dificultades importantes en la agenda de las relaciones ruso-europea, entre las que podemos predecir:

1.- Las dificultades en el comercio y en el abastecimiento energético. La situación que se produjo en enero de 2006, con la amenaza de cierre del suministro de gas ruso a Europa occidental vía Ucrania, ha puesto de manifiesto las debilidades de este abastecimiento. Por otro lado, la dependencia de la economía rusa hacia la exportación de los hidrocarburos generará nuevas incertidumbres, especialmente habida cuenta de la fácil fluctuación de los precios internacionales del petróleo. En todo caso hay que señalar que el previsible ingreso de Rusia en la Organización Mundial del Comercio, que cuenta con el apoyo decidido de la UE, puede favorecer la diversificación del comercio ruso hacia otras áreas del planeta.

2.- Los problemas fronterizos. La cuestión de Kaliningrado está lejos de poderse considerar como solventada, puesto que el escaso desarrollo de la región la convierte en un foco de delincuencia transfronteriza; además, Rusia no se da por satisfecha por la solución vigente, propuesta por la UE, de conceder facilidades limitadas al transporte entre Kaliningrado y el resto de la Federación. Moscú pretende convertir a la región en un foco de desarrollo comercial. Todo ello augura que el problema de Kaliningrado puede volver a emerger en los próximos años. Por otra parte, no hay que olvidar la preocupación que genera en la Unión Europea la existencia de un foco de desestabilización y delincuencia en el Transdniéster, la región secesionista de Moldavia. Esta preocupación puede traducirse en tensiones a medida que se acerque el momento en que Rumania ingrese en la UE, previsiblemente en 2007, acercando así las fronteras comunitarias a lo que se suele considerar como un “agujero negro”.

3.- El deterioro del área de influencia rusa, que implica necesariamente a la UE. Aunque Bruselas no apoya explícitamente a los deseos de Georgia y Ucrania de zafarse del control ruso para iniciar su camino hacia las instituciones occidentales, no puede evitar ser un referente para estos movimientos. Por otra parte, los países díscolos de la CEI son una carta que la UE y la OTAN podrían utilizar en caso de enfrentamiento con Moscú, o como moneda de cambio para obtener concesiones rusas. En cualquier caso, el supuesto –o potencial– apoyo occidental a los movimientos georgiano y ucraniano (y tal vez moldavo y kirguiz) se mantiene como un elemento que genera suspicacia en Rusia.

4.- El respeto a los derechos humanos. Como hemos visto, ésta sigue siendo una asignatura pendiente en Rusia. Si bien es cierto que esta cuestión ha recibido en general un amable olvido en Occidente, no podemos ignorar las tensiones que se han producido en algunas ocasiones, en especial a raíz de la cuestión chechena. Como tampoco puede olvidarse que cada recordatorio de las violaciones de los derechos humanos en Rusia por parte de las instituciones occidentales ha ido

unido invariablemente a una crisis en las relaciones con Moscú. Es por ello que esta cuestión se mantiene en el candelerero como una amenaza permanente a las buenas relaciones entre Rusia y la UE.

Como vemos, los vínculos entre ambas partes del continente europeo son estrechos y tienden a fortalecerse, pero no están exentos de amenazas. Para la propia consolidación de la Unión Europea y de su política exterior es primordial mantener unas buenas relaciones con Rusia, que le aporten estabilidad y seguridad. Estas buenas relaciones se han visto puestas en entredicho por la extrema fragilidad de la política rusa, pero también por las incertidumbres de la política exterior (e interior) comunitaria en lo que llevamos de siglo. Previsiblemente, dichas incertidumbres podrán verse solventadas en cuanto se recupere una cierta capacidad de liderazgo en los grandes países de la UE y se pueda encarrilar o reconducir el proceso constituyente. Una vez restaurado el orden en casa, una de las prioridades, sin duda, será restablecer una política exterior coherente y sólida, y ahí la actitud hacia Rusia tendrá un papel primordial. La UE no puede descuidar sus actuaciones con el entorno geográfico más directo, especialmente cuando implican a un país como Rusia con el que comparte tantos intereses y valores. Estas relaciones privilegiadas con Rusia deben llevar sin duda a una mayor fluidez y a la garantía de una confianza mutua, pero no pueden descuidar el diálogo sobre valores compartidos, y ello implica sin duda al respeto a los derechos humanos. Bruselas, en bien de su propia coherencia y en beneficio también de los ciudadanos rusos, no puede olvidar sus responsabilidades en esta materia. Sólo así podrá garantizarse una mayor cohesión de la política exterior de la UE y una implicación positiva de ésta en la política internacional, especialmente cuando hablamos de unos vecinos que prácticamente no son tales, sino “casi socios” de la Unión.